

LOS POEMAS DE MAR MENOR

"Si acudiéramos al principio de la creación poética comprobaríamos que fue el amor quien la puso en marcha. El amor ha sido, es y será el infatigable motor de la vida, creadora y extática".

C. C.

ESPLENDIDO acto de amor es el conjunto de *Los poemas de mar Menor*, donde la contemplación, las percepciones sensoriales y el sentimiento se han materializado en palabra poética, vigorosa y eficaz.

La intención del libro queda declarada ya en el poema que lo abre, *Ante tí*, endecasílabos blancos que preludian y prologan la temática que irá desarrollándose en los restantes poemas: admirada sorpresa ante el mar "distinto y distante", ya identificado como "campo que amo", del que la autora presiente "palabras de mar y de palmeras". En fin, monólogo en presencia de ese "tú" que se mantiene a lo largo de toda la obra, y en el que la poetisa le declara su "amor nunca confeso" o "un amor recatado y pudoroso"; con el que desea fundirse, o "escaparse en tu luz hacia lo nunca".

La contemplación física del mar trae consigo la del entorno, el campo fructífero que lo rodea; así en *Molinos de velas*, "que en el campo son navíos / y que aquí, ya veleros anclados, te aureolan"; o en *Horizonte doble*: paisaje único en donde todo es acorde: marinero-labriego, tierra-sed, praderas azules y sembrados del mar-tierra mollar de los campos, "el mi-



lagro del pan y de los peces”, sal del mar-oscuro aceite, molinos-salinas, La serena contemplación de ambos —tierra y mar— le permite reflexiones más profundas sobre su sentido en *Contemplación absorta*:

”palpitas junto a los campos de almendros y olivares,
siempre iguales, siempre juntos. Indiferentes al tiempo.
Sois la eternidad perfecta. Vine y me iré. Quedaréis”.

Y termina con la hermosa metáfora que podría servir de definición del mar Menor: “un gran sueño con orillas”.

Antes, en *Historia*, ya hay un intento de definición sensorial: todos los sentidos son impresionados conjunta o separadamente, pero con constancia: “es un mar arracimado / en dos brazos de tierra, clamorosos”; “es un peso / vino viejo de sales y de yodo”; “Es un mar sin jinetes, no galopa”; “olor de milenios a que huelen / sus orillas de pinos y palmeras”. Las percepciones —antes que la “historia”— llenan el poema y lo colman.

Escogemos a continuación algunos poemas en los que se contienen meditaciones sobre la esencia de este mar, o interpelaciones a él mismo o a la luna o a sus gentes, que nos permitan conocer su génesis y significación, o también su futuro. Carmen Conde se lamenta en varias ocasiones de su propia caducidad frente a la permanencia del mar, como ya hemos visto en *Contemplación absorta*; más íntimo es el sentimiento en *Comprobación*, donde la autora, nostálgica desde “siglos”, se considera como lo más fugaz: “Un minuto tuyo soy”, y se duele con asombro de “¡No tener una edad inacabable para quererte!”. A pesar de estas consideraciones sobre la pereñidad surge en *Devenir del mar Menor*, un presentimiento sobre el futuro del mar: crece tanto su densidad “que en un siglo cercano será sólido”; “su blandura maleable / (...) / cuajará entre sus sales olorosas”. Es una bella muerte la que le pronostica, y que a su vez la lleva a preguntarse sobre qué seres lo pisarán, a qué criaturas embriagará entonces. En *Luna en el mar Menor* hace una serie de interpelaciones al propio mar sobre sus misterios, su historia; su olor y su sabor la hacen exclamar asombrada. Ante la ausencia de respuestas, la poetisa invoca a la luna, “luna de ti”, y especialmente a la de setiembre, para que nos desvele la historia de este mar



"Cuéntanos del mar; si puedes, luna, contarnos
cómo hicieron este mar:
si a la vez que tú, si antes;"

A la petición sucede la expectación exclamativa y estática.

El mar Menor, "arcangélico azul inmenso", es solicitado como ser capaz de alentar a la autora en el ajetreo casi deshumanizado de su vida ciudadana en *Pacto*, en donde se repite la lamentación por la propia fugacidad: "¡Quisiera yo ser eterna, sólo por verte!".

Los contactos físicos de la poetisa con el mar, en el que se sumerge o por el que pasea, son abundantes; así en *Redimidos por el mar*, que anula las diferencias y embellece a todos los hombres, bajo el signo de la jubilosa alegría; en *Abandonándonos a ti* el ambiente es propicio a la exaltación de los sentidos sobre todo. La acción purificadora del mar, que arrebató a las criaturas "el polvo milenario de la gleba", se contiene en *Seres en el mar* que, de alguna manera, continúa el tema de *Redimidos...* Por último, observamos una nueva faceta en *Días de Levante*, con el mar que muestra toda su bravura y es "Desierto gris, o pardo", sin bañistas ni velas ni remos, y que provoca la nostalgia de la autora.

Las gentes del mar están representadas por el paciente "*Patrón Meño*", "labriego tuyo", que en un espléndido conjunto colorista revisa la vida en las cuatro estaciones del año; como en todo el libro, se suceden las imágenes de campo y mar entrecruzadas. La laboriosa tarea en los *Albañiles en mar Menor*: realizan las urbanizaciones que van ocupando el entorno del mar y que procurarán el descanso a otros.

Dos poemas dedicados a la gastronomía (*Bodegón* y *Veinte de setiembre en Las Encañizadas*) completan el conjunto, a cuyo potente y expresivo lenguaje poético contribuyen con este aspecto más anecdótico.

Impregnado el conjunto por la luz mediterránea —en la que no faltan los destellos bíblicos ni las reminiscencias a las que está habituado el lector de Miró—, la impresión que queda en el receptor es la del entusiasmo del canto lírico, cuyo júbilo le es transmitido gracias a la re-creación poética.

